Sede Apostólica
Santo Padre
Francisco

Carta Encíclica

Lumen fidei

29 de junio de 2013

---

1. La luz de la fe: la tradición de la Iglesia se ha referido con esta expresión al gran don traído por Jesucristo, que se presenta en el Evangelio de san Juan con estas palabras: «*Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas*» (Jn 12,46). También san Pablo se expresa de esa forma: «*Pues el Dios que dijo: "Brille la luz del seno de las tinieblas", ha brillado en nuestros corazones*» (2Co 4,6). En el mundo pagano, hambriento de luz, se había desarrollado el culto al dios sol, *Sol invictus*, invocado a su salida. Pero, aunque renacía cada día, resultaba claro que no podía irradiar su luz sobre toda la existencia del hombre. El sol, de hecho, no ilumina toda la realidad; sus rayos no pueden llegar hasta las sombras de la muerte, allí donde los ojos humanos se cierran a su luz. «*No se ha visto a nadie dispuesto a morir por su fe en el sol*»[1], decía san Justino mártir. Conscientes del vasto horizonte que la fe les abría, los cristianos llamaron a Cristo el verdadero sol, «*cuyos rayos dan la vida*»[2]. A Marta, cuando llora la muerte de su hermano Lázaro, le dice Jesús: «*¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?*» (Jn 11,40). Quien cree, ve; ve con una luz que ilumina todo el trayecto del camino, porque llega a nosotros desde Cristo resucitado, estrella de la mañana que no conoce ocaso.

¿Una luz ilusoria?

2. Sin embargo, al hablar de esta luz de la fe, podemos oír las objeciones de muchos contemporáneos nuestros. En nuestra época se piensa que esa luz podía bastar para las sociedades antiguas, pero que ya

podemos apoyar para estar seguros y construir nuestra vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos; experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el camino, que orienta nuestro avance en el tiempo. Por una parte, procede del pasado: es la luz de una memoria fundadora, la de la vida de Jesús, que nos manifestó su amor totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela horizontes extensos, y nos lleva más allá de nuestro ”yo” aislado, hacia la más amplia comunión. Nos damos cuenta, por tanto, de que la fe no habita en la oscuridad, sino que es luz en nuestras tinieblas. Dante, en la *Divina Comedia*, después de haber confesado su fe ante san Pedro, la describe como una «*chispa, que se convierte en una llama cada vez más ardiente, y, como estrella en el cielo, centellea en mí*»[4]. Deseo hablar precisamente de esta luz de la fe, para que crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino, en un tiempo en el que el hombre está especialmente necesitado de luz.

5. El Señor, antes de su pasión, le dijo a Pedro: «*He pedido por ti, para que tu fe no se apague*» (Lc 22,32). Y luego le pidió que confirmase en esa misma fe a sus hermanos. Consciente de la tarea confiada al Sucesor de Pedro, Benedicto XVI decidió convocar este Año de la fe, un tiempo de gracia que nos está ayudando a sentir la gran alegría de creer y a reavivar la percepción de la amplitud de horizontes que la fe nos desvela, para confesarla en su unidad e integridad, fieles a la memoria del Señor, y sostenidos por su presencia y por la acción del Espíritu Santo. La convicción de una fe que hace grande y plena la vida, centrada en Cristo y en la fuerza de su gracia, animaba la misión de los primeros cristianos. En las Actas de los mártires leemos este diálogo entre el prefecto romano Rústico y el cristiano Hierax: «*¿Dónde están tus padres?*», pregunta el juez al mártir. Y este responde: «*Nuestro verdadero padre es Cristo, y nuestra madre, la fe en Él*»[5]. Para aquellos cristianos, la fe, en cuanto encuentro con el Dios vivo manifestado en Cristo, era una ”madre”, porque los daba a luz y engendraba en ellos la vida divina, una nueva experiencia, una visión luminosa de la existencia, por la que estaban dispuestos a dar testimonio público hasta el final.

6. El Año de la fe ha comenzado en el 50º Aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. Esta

Capítulo Primero
Hemos creído en el amor (cf. 1Jn 4,16)

Abrahán, nuestro padre en la fe

8. La fe nos abre el camino y acompaña nuestros pasos a lo largo de la historia. Por eso, si queremos entender lo que es la fe, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes, cuyo testimonio encontramos en primer lugar en el Antiguo Testamento. En él, Abrahán, nuestro padre en la fe, ocupa un lugar destacado. En su vida sucede algo desconcertante: Dios le dirige la Palabra, se revela como un Dios que habla y lo llama por su nombre. La fe está vinculada a la escucha; Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz. De este modo, la fe adquiere un carácter personal. Aquí Dios no se manifiesta como el Dios de un lugar, ni como el Dios vinculado a un tiempo sagrado determinado, sino como el Dios de una persona, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, capaz de entrar en contacto con el hombre y de establecer una alianza con él. La fe es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre.

9. Lo que esta Palabra comunica a Abrahán es una llamada y una promesa. En primer lugar, es una llamada a salir de su tierra, una invitación a abrirse a una vida nueva, comienzo de un éxodo que lo lleva hacia un futuro inesperado. La visión que la fe da a Abrahán estará siempre vinculada a ese paso adelante que tiene que dar: la fe "ve" en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios. Y esta Palabra encierra además una promesa: su descendencia será numerosa, será padre de un gran pueblo (cf. Gn 13,16; 15,5; 22,17). En cuanto respuesta a una Palabra que la precede, la fe de Abrahán será siempre un acto de memoria. Sin embargo, esta memoria no se queda en el pasado, sino que, siendo memoria de una promesa, es capaz de entrar en el futuro, de iluminar los pasos a lo largo del camino. De este modo, la fe, en cuanto memoria del futuro, *memoria futuri*, está estrechamente ligada con la esperanza.

10. Lo que se pide a Abrahán es que se fíe de esta Palabra. La fe entiende que la palabra, aparen-

capaz de garantizar la promesa de un futuro más allá de toda amenaza o peligro (cf. Hb 11,19; Rm 4,21).

Fe de Israel

12. En el libro del Éxodo, la historia del pueblo de Israel sigue la estela de la fe de Abrahán. La fe nace de nuevo de un don originario: Israel se abre a la intervención de Dios, que quiere librarlo de su miseria. La fe es la llamada a un largo camino para adorar al Señor en el Sinaí y heredar la tierra prometida. El amor divino es comparable al de un padre que lleva a su hijo de la mano por el camino (cf. Dt 1,31). La confesión de fe de Israel se formula como narración de los beneficios de Dios, de su intervención para liberar y guiar al pueblo (cf. Dt 26,5-11), narración que el pueblo transmite de generación en generación. Para Israel, la luz de Dios brilla a través de la memoria de las obras realizadas por el Señor, conmemoradas y confesadas en el culto, y transmitidas de padres a hijos. Aprendemos así que la luz de la fe está vinculada al relato concreto de la vida, al recuerdo agradecido de los beneficios de Dios y al cumplimiento progresivo de sus promesas. La arquitectura gótica lo expresó muy bien: en las grandes catedrales, la luz llega del cielo a través de las vidrieras, en las que está representada la historia sagrada. La luz de Dios nos llega a través de la narración de su revelación, y, de este modo, puede iluminar nuestro camino en el tiempo, recordando los beneficios divinos, mostrando cómo se cumplen sus promesas.

13. Por otro lado, la historia de Israel también nos permite ver cómo el pueblo cae muchas veces en la tentación de la incredulidad. Aquí, lo contrario de la fe se manifiesta como idolatría. Mientras Moisés habla con Dios en el Sinaí, el pueblo no soporta el misterio del rostro oculto de Dios, no aguanta el tiempo de espera. La fe, por su propia naturaleza, requiere renunciar a la posesión inmediata que parece ofrecer la visión; es una invitación a abrirse a la fuente de la luz, respetando el misterio propio del Rostro, que quiere revelarse personalmente y en el momento oportuno. Martin Buber citaba esta definición de idolatría del rabino de Kock: se da idolatría cuando «*un rostro se dirige reverentemente a un rostro que no es un rostro*»[10]. En lugar de tener fe en Dios, se prefiere adorar al ídolo, cuyo rostro se puede mirar, cuyo origen es conocido, porque lo hemos hecho nosotros. Ante el ídolo, no hay riesgo de una llamada que haga salir de las seguridades propias, porque los ídolos «*tienen boca y no hablan*»

Plenitud de la fe cristiana

15. «*Abrahán saltaba de gozo pensando en ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría*» (Jn 8,56). Según estas palabras de Jesús, la fe de Abrahán estaba orientada ya a él; en cierto sentido, era una visión anticipada de su misterio. Así lo entiende san Agustín, al afirmar que los patriarcas se salvaron por la fe, pero no la fe en el Cristo ya venido, sino la fe en el Cristo que había de venir, una fe en tensión hacia el acontecimiento futuro de Jesús[13]. La fe cristiana está centrada en Cristo; consiste en confesar que Jesús es el Señor, y que Dios lo ha resucitado de entre los muertos (cf. Rm 10,9). Todas las líneas del Antiguo Testamento convergen en Cristo; él es el "sí" definitivo a todas las promesas, el fundamento de nuestro "amén" definitivo a Dios (cf. 2Co 1,20). La historia de Jesús es la manifestación plena de la fiabilidad de Dios. Si Israel recordaba las grandes muestras de amor de Dios, que constituían el centro de su confesión y abrían la mirada de su fe, ahora la vida de Jesús se presenta como la intervención definitiva de Dios, la manifestación suprema de su amor por nosotros. La Palabra que Dios nos dirige en Jesús no es una más entre otras, sino su Palabra eterna (cf. Hb 1,1-2); no hay garantía más grande que Dios nos pueda dar para asegurarnos su amor, como recuerda san Pablo (cf. Rm 8,31-39). La fe cristiana es, por tanto, fe en el Amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar al mundo e iluminar el tiempo. «*Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él*» (1Jn 4,16). La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino final.

16. La mayor prueba de la fiabilidad del amor de Cristo se encuentra en su muerte por los hombres. Si dar la vida por los amigos es la demostración más grande de amor (cf. Jn 15,13), Jesús ha ofrecido la suya por todos, también los que eran sus enemigos, para transformar los corazones. Por eso, los evangelistas han situado en la hora de la cruz el momento culminante de la mirada de fe, porque en esa hora resplandece el amor divino en toda su altura y amplitud. San Juan introduce ahí su testimonio solemne, cuando, junto a la Madre de Jesús, contempla al que habían atravesado (cf. Jn 19,37): «*El que lo vio da testimonio; su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis*» (Jn 19,35). Fiódor Dostoyevski, en su obra *El idiota*, hace decir al protagonista, el príncipe Myskin, a la vista del cuadro de Cristo muerto en el sepulcro, obra de Hans Holbein el Joven: «*Un cuadro así incluso podría hacer perder la fe a alguno*»[14]. En efecto, el cuadro representa con crudeza los efectos

para poder creer. La fe no solo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver. En muchos ámbitos de la vida confiamos en otras personas que conocen las cosas mejor que nosotros: tenemos confianza en el arquitecto que nos construye la casa, en el farmacéutico que nos da la medicina para curarnos y en el abogado que nos defiende ante el tribunal. También tenemos necesidad de alguien que sea fiable y experto en las cosas de Dios; Jesús, su Hijo, se presenta como aquel que nos explica a Dios (cf. Jn 1,18). La vida de Cristo —su modo de conocer al Padre, de vivir totalmente en relación con él— abre un espacio nuevo a la experiencia humana, en el que podemos entrar. La importancia de la relación personal con Jesús mediante la fe queda reflejada en los diversos usos que hace san Juan del verbo *credere*: junto a ”creer que” es verdad lo que Jesús nos dice (cf. Jn 14,10; 20,31), Juan usa también las locuciones ”creer a” Jesús y ”creer en” Jesús. ”Creemos a” Jesús cuando aceptamos su Palabra, su testimonio, porque él es veraz (cf. Jn 6,30); ”creemos en” Jesús cuando lo acogemos personalmente en nuestra vida y nos confiamos a él, uniéndonos a él mediante el amor y siguiéndolo a lo largo del camino (cf. Jn 2,11; 6,47; 12,44).

Para que pudiésemos conocerlo, acogerlo y seguirlo, el Hijo de Dios ha asumido nuestra carne; así, su visión del Padre se ha realizado también al modo humano, mediante un camino y un recorrido temporal. La fe cristiana es fe en la encarnación del Verbo y en su resurrección en la carne; es fe en un Dios que se ha hecho tan cercano que ha entrado en nuestra historia. La fe en el Hijo de Dios hecho hombre en Jesús de Nazaret no nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado más profundo, y descubrir cuánto ama Dios a este mundo y cómo lo orienta incesantemente hacía sí; y esto lleva al cristiano a comprometerse y a vivir con mayor intensidad todavía el camino sobre la tierra.

Salvación mediante la fe

19. A partir de esta participación en el modo de ver de Jesús, el apóstol Pablo nos ha dejado en sus escritos una descripción de la existencia creyente. El que cree, aceptando el don de la fe, es transformado en una criatura nueva, recibe un nuevo ser, un ser filial que se hace hijo en el Hijo. ”*Abbá*, Padre”, es la palabra más característica de la experiencia de Jesús, que se convierte en el núcleo de la experiencia cristiana (cf. Rm 8,15). La vida en la fe, en cuanto existencia filial, consiste en reconocer el don originario

de entre los muertos» (Rm 10,6-7). Cristo ha bajado a la tierra y ha resucitado de entre los muertos; con su encarnación y resurrección, el Hijo de Dios ha abrazado todo el camino del hombre, y habita en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo. La fe sabe que Dios se ha hecho muy cercano a nosotros, que Cristo se nos ha dado como un gran don que nos transforma interiormente, que habita en nosotros, y que así nos da la luz que ilumina el origen y el final de la vida, el arco completo del camino humano.

21. Así podemos entender la novedad que aporta la fe. El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo. Por eso, san Pablo puede afirmar: «*No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí*» (Ga 2,20), y exhortar: «*Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones*» (Ef 3,17). En la fe, el ”yo” del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro, y, así, su vida se hace más grande en el Amor. En esto consiste la acción propia del Espíritu Santo. El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su condición filial, porque se le hace partícipe de su Amor, que es el Espíritu; y en este Amor se recibe en cierto modo la visión propia de Jesús. Sin esta conformación en el Amor, sin la presencia del Espíritu, que lo infunde en nuestros corazones (cf. Rm 5,5), es imposible confesar a Jesús como Señor (cf. 1Co 12,3).

Forma eclesial de la fe

22. De este modo, la existencia creyente se convierte en existencia eclesial. Cuando san Pablo habla a los cristianos de Roma de que todos los creyentes forman un solo cuerpo en Cristo, les pide que no sean orgullosos, sino que se estimen «*según la medida de la fe que Dios otorgó a cada cual*» (Rm 12,3). El creyente aprende a verse a sí mismo a partir de la fe que profesa: la figura de Cristo es el espejo en el que descubre su propia imagen realizada. Y como Cristo abraza en sí a todos los creyentes, que forman su cuerpo, el cristiano se comprende a sí mismo dentro de este cuerpo, en relación originaria con Cristo y con los hermanos en la fe. La imagen del cuerpo no pretende reducir al creyente a una simple parte de un todo anónimo, a mera pieza de un gran engranaje, sino que más bien subraya la unión vital de Cristo con los creyentes y de todos los creyentes entre sí (cf. Rm 12,4-5). Los cristianos son «*uno*» (Ga 3,28), sin perder su individualidad, y, en el servicio a los demás, cada uno alcanza hasta el fondo su propio

dos formas del verbo *'amán*: "creéis" *(ta'aminu)* y "subsistiréis" *(te'amenu)*. Amedrentado por la fuerza de sus enemigos, el rey busca la seguridad de una alianza con el gran imperio de Asiria; el profeta le invita entonces a fiarse únicamente de la verdadera roca que no vacila, del Dios de Israel. Puesto que Dios es fiable, es razonable tener fe en él, cimentar la seguridad propia sobre su Palabra. Es este el Dios al que Isaías llamará más adelante dos veces «*el Dios del Amén*» (Is 65,16), el fundamento indestructible de fidelidad a la alianza. Se podría pensar que la versión griega de la Biblia, al traducir "subsistir" por "comprender", cambió profundamente el sentido del texto, pasando de la noción bíblica de confianza en Dios a la griega de comprensión. Sin embargo, esta traducción, que ciertamente aceptaba el diálogo con la cultura helenista, no es ajena a la dinámica profunda del texto hebreo. En efecto, la subsistencia que Isaías promete al rey pasa por la comprensión de la acción de Dios y de la unidad que confiere a la vida del hombre y a la historia del pueblo. El profeta invita a comprender las vías del Señor, descubriendo en la fidelidad de Dios el plan de sabiduría que gobierna los siglos. San Agustín hace una síntesis de "comprender" y "subsistir" en sus *Confesiones*, cuando habla de fiarse de la verdad para mantenerse en pie: «*Me estabilizaré y consolidaré en ti (...), en tu verdad*»[17]. Por el contexto sabemos que san Agustín quiere mostrar cómo esta verdad fidedigna de Dios, según aparece en la Biblia, es su presencia fiel a lo largo de la historia, su capacidad de mantener unidos los tiempos, recogiendo la dispersión de los días del hombre[18].

24. Leído a esta luz, el texto de Isaías lleva a una conclusión: el hombre tiene necesidad de conocimiento, tiene necesidad de verdad, porque sin ella no puede subsistir, no va adelante. La fe, sin verdad, no salva, no da seguridad a nuestros pasos. Se queda en una bella fábula, proyección de nuestros deseos de felicidad, algo que nos satisface únicamente en la medida en que queramos hacernos una ilusión. O bien se reduce a un sentimiento hermoso, que consuela y entusiasma, pero dependiendo de los cambios en nuestro estado de ánimo o de la situación de los tiempos, e incapaz de dar continuidad al camino de la vida. Si la fe fuese eso, el rey Acaz tendría razón en no jugarse su vida ni la integridad de su reino por una emoción. En cambio, gracias a su unión intrínseca con la verdad, la fe es capaz de ofrecer una luz nueva, superior a los cálculos del rey, porque ve más allá, porque comprende la actuación de Dios, que es fiel a su alianza y a sus promesas.

afectividad. Pues bien, si el corazón es capaz de mantener unidas estas dimensiones es porque en él es donde nos abrimos a la verdad y al amor, y dejamos que nos toquen y nos transformen en lo más hondo. La fe transforma a toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor. Esta interacción de la fe con el amor nos permite comprender el tipo de conocimiento propio de la fe, su fuerza de convicción y su capacidad de iluminar nuestros pasos. La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz. La comprensión de la fe es la que nace cuando recibimos el gran amor de Dios, que nos transforma interiormente y nos da ojos nuevos para ver la realidad.

27. Es conocida la manera en que el filósofo Ludwig Wittgenstein explica la conexión entre fe y certeza. Según él, creer sería algo parecido a una experiencia de enamoramiento, entendida como algo subjetivo, que no se puede proponer como verdad válida para todos[19]. En efecto, el hombre moderno cree que la cuestión del amor tiene poco que ver con la verdad; el amor se concibe hoy como una experiencia que pertenece a los sentimientos volubles y no a la verdad.

Pero esta descripción del amor, ¿es verdaderamente adecuada? En realidad, el amor no se puede reducir a un sentimiento que va y viene. Ciertamente tiene que ver con nuestra afectividad, pero su objetivo es abrirla a la persona amada e iniciar un camino, que consiste en salir del aislamiento del propio yo para dirigirse hacia la otra persona, para construir una relación duradera; el amor tiende a la unión con la persona amada. Y así se puede ver en qué sentido el amor tiene necesidad de la verdad. Solo si está fundado en la verdad, el amor puede perdurar en el tiempo, superar la fugacidad del instante y permanecer firme para dar consistencia a un camino en común. Si el amor no tiene que ver con la verdad, estará sujeto al vaivén de los sentimientos y no superará la prueba del tiempo; el amor verdadero, en cambio, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en una luz nueva hacia una vida dichosa y plena. Sin verdad, el amor no puede ofrecer un vínculo sólido; no consigue llevar al ”yo” más allá de su aislamiento, ni librarlo de la fugacidad del instante para construir la vida y dar fruto.

Si el amor necesita la verdad, también la verdad tiene necesidad del amor. Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal y opresiva para la vida concreta de la

‘la fe nace del mensaje que se escucha’ (Rm 10,17). El conocimiento asociado a la palabra es siempre personal: reconoce la voz, la acoge en libertad y la sigue en obediencia. Por eso, san Pablo habla de la ”obediencia de la fe” (cf. Rm 1,5; 16,26)[23]. La fe es, además, un conocimiento vinculado al transcurrir del tiempo, necesario para que la palabra se pronuncie; es un conocimiento que solo se aprende en un camino de seguimiento. La escucha ayuda a representar bien el nexo entre conocimiento y amor.

Por lo que se refiere al conocimiento de la verdad, a veces la escucha ha sido contrapuesta a la visión, que sería más propia de la cultura griega. La luz, si por una parte posibilita la contemplación de la totalidad, a la que el hombre siempre ha aspirado, por otra parece quitar espacio a la libertad, porque desciende del cielo y llega directamente a los ojos, sin esperar a que el ojo responda. Además, sería como invitar a una contemplación estática, separada del tiempo concreto en el que el hombre goza y padece. Según esta perspectiva, el acercamiento bíblico al conocimiento sería el opuesto al griego, que, buscando una comprensión completa de la realidad, vincula el conocimiento a la visión.

Sin embargo, esta supuesta oposición no se corresponde con los datos bíblicos. El Antiguo Testamento combina ambos tipos de conocimiento, puesto que a la escucha de la Palabra de Dios se le une el deseo de ver su rostro. De este modo, se pudo entrar en diálogo con la cultura helenística, diálogo que pertenece al corazón de la Escritura. El oído posibilita la llamada personal y la obediencia, y también que la verdad se revele en el tiempo; la vista aporta la visión completa de todo el recorrido y nos permite situarnos en el gran proyecto de Dios; sin esa visión, tendríamos solamente fragmentos aislados de un todo desconocido.

30. La conexión entre el ver y el escuchar como vías para el conocimiento de la fe aparece con toda claridad en el Evangelio de san Juan. Para el cuarto Evangelio, creer es escuchar y, al mismo tiempo, ver. La escucha de la fe tiene las mismas características que el conocimiento propio del amor: es una escucha personal, que distingue la voz y reconoce la del Buen Pastor (cf. Jn 10,3-5); y una escucha que requiere seguimiento, como en el caso de los primeros discípulos, que «*oyeron sus palabras y siguieron a Jesús*» (Jn 1,37). Por otra parte, la fe está unida también a la visión. A veces, la visión de los signos de Jesús precede a la fe, como en el caso de aquellos judíos que, tras la resurrección de Lázaro, «*al ver lo*

nuestro corazón, nos ha permitido y nos sigue permitiendo reconocerlo y confesarlo como Hijo de Dios. Con la fe, nosotros podemos tocarlo y recibir la fuerza de su gracia; san Agustín, comentando el pasaje de la hemorroísa que toca a Jesús para curarse (cf. Lc 8,45-46), afirma: «*Tocar con el corazón, eso es creer*»[26]. La multitud se agolpa en torno a él, pero no lo roza con el toque personal de la fe, que reconoce su misterio, el misterio del Hijo que manifiesta al Padre. Cuando estamos configurados con Jesús, recibimos ojos adecuados para verlo.

Diálogo entre fe y razón

32. La fe cristiana, en cuanto que anuncia la verdad del amor total de Dios y abre a la fuerza de este amor, llega al centro más profundo de la experiencia del hombre, que viene a la luz gracias al amor, y está llamado a amar para permanecer en la luz. Con el deseo de iluminar toda la realidad a partir del amor de Dios manifestado en Jesús, e intentando amar con ese mismo amor, los primeros cristianos encontraron en el mundo griego, en su afán de verdad, un referente adecuado para el diálogo. El encuentro del mensaje evangélico con el pensamiento filosófico de la Antigüedad fue un momento decisivo para que el Evangelio llegase a todos los pueblos, y favoreció una interacción fecunda entre la fe y la razón, que se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos hasta nuestros días. El beato Juan Pablo II, en su Carta Encíclica *Fides et ratio*, mostró cómo la fe y la razón se refuerzan mutuamente[27]. Cuando encontramos la luz plena del amor de Jesús, nos damos cuenta de que en cualquier amor nuestro hay ya un tenue reflejo de aquella luz, y percibimos cuál es su meta final. Y, al mismo tiempo, el hecho de que en nuestros amores haya una luz nos ayuda a ver el camino del amor del Hijo de Dios por nosotros hasta su entrega plena y total. En este movimiento circular, la luz de la fe ilumina todas nuestras relaciones humanas, que pueden ser vividas en unión con el amor y la ternura de Cristo.

33. En la vida de san Agustín encontramos un ejemplo significativo de este camino en el que la búsqueda de la razón, con su deseo de verdad y claridad, se ha integrado en el horizonte de la fe, del que ha recibido una nueva inteligencia. Por una parte, san Agustín acepta la filosofía griega de la luz, con su insistencia en la visión. Su encuentro con el neoplatonismo le había permitido conocer el paradigma de la luz, que desciende de lo alto para iluminar las cosas, y constituye así un símbolo de Dios. De

para la vida de cada uno. Una verdad común nos da miedo, porque la identificamos con la imposición intransigente de los totalitarismos. Sin embargo, si es la verdad del amor, si es la verdad que se desvela en el encuentro personal con el Otro y con los otros, entonces es liberada de su encierro en el ámbito privado para formar parte del bien común. La verdad de un amor no se impone con la violencia, no aplasta a la persona; naciendo del amor, puede llegar al corazón, al centro personal de cada hombre. Se ve claro así que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos.

Por otra parte, la luz de la fe, unida a la verdad del amor, no es ajena al mundo material, porque el amor se vive siempre en cuerpo y alma; la luz de la fe es una luz encarnada, que procede de la vida luminosa de Jesús. Ilumina incluso la materia, confía en su ordenamiento y sabe que en ella se abre un camino de armonía y de comprensión cada vez más amplio. La mirada de la ciencia se beneficia así de la fe: esta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia.

Fe y búsqueda de Dios

35. La luz de la fe en Jesús ilumina también el camino de todos los que buscan a Dios, y constituye la aportación propia del cristianismo al diálogo con los seguidores de las diversas religiones. La Carta a los Hebreos nos habla del testimonio de los justos que, antes de la alianza con Abrahán, ya buscaban a Dios con fe. De Henoc se dice que «*se le acreditó que había complacido a Dios*» (Hb 11,5), algo imposible sin la fe, porque «*el que se acerca a Dios debe creer que existe y que recompensa a quienes lo buscan*» (Hb 11,6). Podemos entender así que el camino del hombre religioso pase por confesar a un Dios que se preocupa de él y que no es inaccesible. ¿Qué mejor recompensa podría dar Dios a los que lo buscan que

de aquel que, por su cuenta, lo buscaba en el silencio»[32]. Quien se pone en camino para practicar el bien se acerca a Dios, y ya es sostenido por él, porque es propio de la dinámica de la luz divina iluminar nuestros ojos cuando caminamos hacia la plenitud del amor.

Fe y Teología

36. Al tratarse de una luz, la fe nos invita a adentrarnos en ella, a explorar cada vez más los horizontes que ilumina, para conocer mejor lo que amamos. De este deseo nace la Teología cristiana. Por tanto, la Teología es imposible sin la fe, y forma parte del proceso mismo de la fe, que busca la comprensión más profunda de la autorrevelación de Dios, cuyo culmen es el misterio de Cristo. La primera consecuencia de esto es que la Teología no consiste solo en un esfuerzo de la razón por escrutar y conocer, como en las ciencias experimentales. Dios no se puede reducir a un objeto; Él es Sujeto que se deja conocer y se manifiesta en la relación de persona a persona. La fe recta orienta a la razón a abrirse a la luz que viene de Dios, para que, guiada por el amor a la verdad, pueda conocer a Dios más profundamente. Los grandes doctores y teólogos medievales indicaron que la Teología, como ciencia de la fe, es una participación en el conocimiento que Dios tiene de sí mismo. La Teología, por tanto, no es solamente palabra sobre Dios, sino ante todo acogida y búsqueda de una comprensión más profunda de esa palabra que Dios nos dirige, palabra que Dios pronuncia sobre sí mismo, porque Él es un diálogo eterno de comunión, y admite al hombre dentro de este diálogo[33]. Así pues, la Teología incluye esa humildad que se deja ”tocar” por Dios, reconoce sus límites ante el misterio y se lanza a explorar, con la disciplina propia de la razón, las insondables riquezas de ese misterio.

Además, la Teología participa en la forma eclesial de la fe; su luz es la luz del sujeto creyente, que es la Iglesia. Esto requiere, por una parte, que la Teología esté al servicio de la fe de los cristianos; que se ocupe humildemente de custodiar y profundizar la fe de todos, especialmente la de los sencillos. Por otra parte, la Teología, puesto que vive de la fe, no puede considerar el Magisterio del papa y de los obispos en comunión con él como algo externo, un límite a su libertad, sino al contrario, como un elemento interno, constitutivo, en cuanto que el Magisterio asegura el contacto con la fuente originaria, y ofrece, por tanto, la certeza de beber de la Palabra de Dios en su integridad.

nosotros. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo podemos estar seguros de llegar al ”verdadero Jesús” a través de los siglos? Si el hombre fuese un individuo aislado, si partiésemos solamente del ”yo” individual, que busca en sí mismo la seguridad del conocimiento, esta certeza sería imposible; no puedo ver por mí mismo lo que ha sucedido en una época tan distante de la mía. Pero esa no es la única manera que tiene el hombre de conocer. La persona vive siempre en relación: proviene de otros, pertenece a otros, su vida se ensancha en el encuentro con otros. Incluso el conocimiento de sí, la misma autoconciencia, es relacional y está vinculado a otros que nos han precedido; en primer lugar, nuestros padres, que nos han dado la vida y el nombre. El lenguaje mismo, las palabras con que interpretamos nuestra vida y nuestra realidad, nos llega a través de otros, guardado en la memoria viva de otros. El conocimiento de uno mismo solo es posible cuando participamos en una memoria más grande, y lo mismo sucede con la fe, que lleva a su plenitud el modo humano de comprender. El pasado de la fe, aquel acto de amor de Jesús, que ha hecho germinar en el mundo una vida nueva, nos llega en la memoria de otros, de testigos, conservado vivo en ese sujeto único de memoria que es la Iglesia. La Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe. San Juan, en su Evangelio, insistió en este aspecto, uniendo fe y memoria, y asociando ambas a la acción del Espíritu Santo, que, como dice Jesús, «*os irá recordando todo*» (Jn 14,26). El Amor, que es el Espíritu y que mora en la Iglesia, mantiene unidos entre sí todos los tiempos y nos hace contemporáneos de Jesús, convirtiéndose en el guía de nuestro camino de fe.

39. Es imposible que cada uno crea por su cuenta. La fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente, ni una relación exclusiva entre el ”yo” del fiel y el ”Tú” divino, entre un sujeto autónomo y Dios; por su misma naturaleza, se abre al ”nosotros”, se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia. Nos lo recuerda la forma dialogada del Credo, usada en la liturgia bautismal. El creer se expresa como respuesta a una invitación, a una palabra que ha de ser escuchada y que no procede de uno, y por eso forma parte de un diálogo; no puede ser una mera confesión que nace del individuo. Es posible responder en primera persona, ”creo”, solo porque se forma parte de una gran comunión, porque también se dice ”creemos”. Esta apertura al ”nosotros” eclesial refleja la apertura propia del amor de Dios, que no es solo relación entre el Padre y el Hijo, entre el ”yo” y el ”tú”, sino que, en el Espíritu, es también un ”nosotros”, una comunión de personas. Por eso quien cree nunca está solo,

despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno.

41. La transmisión de la fe se realiza en primer lugar mediante el Bautismo. Pudiera parecer que el Bautismo es solo un modo de simbolizar la confesión de fe, un acto pedagógico para quien tiene necesidad de imágenes y gestos, pero del que, en último término, se podría prescindir. Unas palabras de san Pablo a propósito del Bautismo nos recuerdan que no es así: «*Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva*» (Rm 6,4). Mediante el Bautismo nos convertimos en criaturas nuevas y en hijos adoptivos de Dios. El Apóstol afirma después que el cristiano ha sido entregado a un ”modelo de doctrina” *(typos didachés)*, al que obedece de corazón (cf. Rm 6,17). En el Bautismo, el hombre recibe una doctrina que profesar y una forma concreta de vivir, que implica a toda la persona y la pone en el camino del bien; es transferido a un ámbito nuevo, colocado en un nuevo ambiente, con una forma nueva de actuar en común: la Iglesia. Así, el Bautismo nos recuerda que la fe no es obra de un individuo aislado, no es algo que el hombre pueda asumir contando solo con sus fuerzas, sino que tiene que ser recibida entrando en la comunión eclesial, que transmite el don de Dios: nadie se bautiza a sí mismo, igual que nadie nace por su cuenta; hemos sido bautizados.

42. ¿Cuáles son los elementos del Bautismo que nos introducen en este nuevo ”modelo de doctrina”? Sobre el catecúmeno se invoca, en primer lugar, el nombre de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo; así, se le presenta desde el principio un resumen del camino de la fe. El Dios que llamó a Abrahán y quiso llamarse su Dios, el Dios que reveló su nombre a Moisés, el Dios que, al entregarnos a su Hijo, nos reveló plenamente el misterio de su Nombre, da al bautizado una nueva condición filial. Así se ve claro el sentido de la inmersión en el agua que se realiza en el Bautismo: el agua es símbolo de muerte, que nos invita a pasar por la conversión del ”yo” para poder abrirnos a un ”Yo” más grande; y a la vez es símbolo de vida, el seno del que renacemos para seguir a Cristo en su nueva existencia. De este modo, mediante la inmersión en el agua, el Bautismo nos habla de la estructura encarnada de la fe. La acción de Cristo nos toca en nuestra realidad personal, transformándonos radicalmente, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina; modifica así todas nuestras relaciones, nuestra forma de estar en

44. La naturaleza sacramental de la fe alcanza su máxima expresión en la Eucaristía, que es el alimento precioso para la fe, el encuentro con Cristo realmente presente en el acto supremo de amor, el don de sí mismo, que genera vida. En la Eucaristía confluyen los dos ejes por los que discurre el camino de la fe. Por una parte, el eje de la historia: la Eucaristía es un acto de memoria, actualización del misterio, en el cual el pasado, como acontecimiento de muerte y resurrección, muestra su capacidad de abrirnos al futuro, de anticipar la plenitud final; la liturgia nos lo recuerda con su «*hodie*», el 'hoy' de los misterios de la salvación. Por otra parte, el eje que lleva del mundo visible al invisible: en la Eucaristía aprendemos a ver lo más profundo de la realidad. El pan y el vino se transforman en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que se hace presente en su camino pascual hacia el Padre: este movimiento nos introduce, en cuerpo y alma, en el movimiento de toda la creación hacia su plenitud en Dios.

45. En la celebración de los sacramentos, la Iglesia transmite su memoria, en particular mediante la profesión de fe. Esta no consiste solo en asentir a un conjunto de verdades abstractas; antes bien, en ella toda la vida se pone en camino hacia la comunión plena con el Dios vivo. Podemos decir que, en el Credo, el creyente es invitado a entrar en el misterio que profesa y a dejarse transformar por lo que profesa. Para entender el sentido de esta afirmación, pensemos antes que nada en el contenido del Credo. Tiene una estructura trinitaria: el Padre y el Hijo se unen en el Espíritu de amor; así, el creyente afirma que el centro del ser, el secreto más profundo de todas las cosas, es la comunión divina. Además, el Credo contiene también una profesión cristológica: se recorren los misterios de la vida de Jesús hasta su muerte, resurrección y ascensión al cielo, en la espera de su venida gloriosa al final de los tiempos. Se dice, por tanto, que este Dios comunión, intercambio de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu, es capaz de abrazar la historia del hombre, de introducirla en su dinamismo de comunión, que tiene su origen y su meta final en el Padre. Quien confiesa la fe se ve implicado en la verdad que confiesa; no puede pronunciar sinceramente las palabras del Credo sin ser transformado, sin integrarse en la historia de amor que lo abraza, que dilata su ser, haciéndolo parte de una gran comunión, del sujeto que pronuncia en última instancia el Credo, que es la Iglesia. Todas las verdades que se creen apuntan al misterio de la vida nueva de la fe como camino de comunión con el Dios vivo.

Fe, oración y Decálogo

en una tarea común, en compartir los mismos sentimientos o la misma suerte, en una meta común. Pero resulta muy difícil concebir una unidad en la misma verdad. Nos da la impresión de que una unión de ese tipo se opone a la libertad de pensamiento y a la autonomía del sujeto. En cambio, la experiencia del amor nos dice que precisamente en el amor es posible tener una visión común, que amando aprendemos a ver la realidad con los ojos del otro, y que eso no nos empobrece, sino que enriquece nuestra mirada. El amor verdadero, a semejanza del amor divino, exige la verdad, y en la mirada común de la verdad, que es Jesucristo, adquiere firmeza y profundidad. En esto consiste también el gozo de creer, en la unidad de visión en un solo cuerpo y en un solo espíritu. En este sentido, san León Magno decía: «*Si la fe no es una, no es fe*»[40].

¿Cuál es el secreto de esta unidad? La fe es ”una”, en primer lugar, por la unidad del Dios conocido y confesado. Todos los artículos de la fe se refieren a Él, son vías para conocer su ser y su actuar, y por eso forman una unidad superior a cualquier otra que podamos construir con nuestro pensamiento; esa unidad nos enriquece, porque se nos comunica y nos hace ”uno”.

La fe es una, además, porque se dirige al único Señor, a la vida de Jesús, a su historia concreta, que comparte con nosotros. San Ireneo de Lyon clarificó este punto contra los herejes gnósticos. Estos distinguían dos tipos de fe: una fe ruda, la de los simples, imperfecta, que no iba más allá de la carne de Cristo y de la contemplación de sus misterios; y otro tipo de fe, más profunda y perfecta, la fe verdadera, reservada a un pequeño círculo de iniciados, que se eleva con el intelecto hasta los misterios de la divinidad desconocida, más allá de la carne de Cristo. Ante este planteamiento, que sigue teniendo su atractivo y sus defensores también en nuestros días, san Ireneo defiende que la fe es una sola, porque pasa siempre por el punto concreto de la encarnación, sin superar nunca la carne ni la historia de Cristo, ya que Dios se ha querido revelar plenamente en ella. Y, por eso, no hay diferencia entre la fe de «*aquel que destaca por su elocuencia*» y la de «*quien es más débil en la palabra*», entre quien es superior y quien tiene menos capacidad: ni el primero puede ampliar la fe, ni el segundo reducirla[41].

Por último, la fe es una porque es compartida por toda la Iglesia, que forma un solo cuerpo y un solo espíritu. En la comunión del único sujeto que es la Iglesia, recibimos una mirada común. Confesando

Capítulo Cuarto
Dios prepara una ciudad para ellos (cf. Hb 11,16)

Fe y bien común

50. Al presentar la historia de los patriarcas y de los justos del Antiguo Testamento, la Carta a los Hebreos pone de relieve un aspecto esencial de su fe. La fe no se presenta solo como un camino, sino también como una edificación, como la preparación de un lugar en el que el hombre pueda convivir con los demás. El primer constructor es Noé, que logra salvar a su familia en el Arca (cf. Hb 11,7); después, Abrahán, del que se dice que, movido por la fe, habitaba en tiendas, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos (cf. Hb 11,9-10). Nace así, en relación con la fe, una nueva fiabilidad, una nueva solidez, que solo puede venir de Dios. Si el hombre de fe se apoya en el Dios del Amén, en el Dios fiel (cf. Is 65,16), y adquiere así solidez, podemos añadir que la solidez de la fe está presente también en la ciudad que Dios está preparando para el hombre. La fe revela hasta qué punto pueden ser sólidos los vínculos humanos cuando Dios se hace presente en medio de ellos. No se trata solo de una solidez interior, de una convicción firme del creyente; la fe ilumina también las relaciones humanas, porque nace del amor y sigue la dinámica del amor de Dios. El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable.

51. Precisamente por su conexión con el amor (cf. Ga 5,6), la luz de la fe se pone al servicio concreto de la justicia, del derecho y de la paz. La fe nace del encuentro con el amor originario de Dios, que pone de manifiesto el sentido y la bondad de nuestra vida, que es iluminada en la medida en que entra en el dinamismo desplegado por ese amor, en cuanto que se hace camino y acción hacia la plenitud del amor. La luz de la fe permite valorar la riqueza de las relaciones humanas, su capacidad de mantenerse, de ser fiables, de enriquecer la vida común. La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo. Sin un amor fiable, nada podría mantener verdaderamente unidos a los hombres; su unidad solo se podría concebir como algo fundado en la utilidad, en la suma de intereses o en el miedo, pero no en la bondad de vivir juntos, ni en la alegría que la sola presencia del otro puede

53. En la familia, la fe está presente en todas las etapas de la vida, comenzando por la infancia: los niños aprenden a fiarse del amor de sus padres. Por eso, es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de los hijos. Sobre todo los jóvenes, que atraviesan una edad tan compleja, rica e importante para la fe, deben sentir la cercanía y la atención de la familia y de la comunidad eclesial en su camino de crecimiento en la fe. Todos hemos visto cómo los jóvenes, en las Jornadas Mundiales de la Juventud, manifiestan la alegría de la fe y el compromiso de vivir una fe cada vez más sólida y generosa. Los jóvenes aspiran a una vida plena. El encuentro con Cristo, el dejarse atrapar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia y le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida; permite descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades.

Luz para la vida en sociedad

54. Asimilada y profundizada en la familia, la fe ilumina todas las relaciones sociales. Como experiencia de la paternidad y de la misericordia de Dios, se expande en un camino fraterno. En la ”modernidad” se ha intentado construir la fraternidad universal entre los hombres fundándola sobre la igualdad; poco a poco, sin embargo, hemos comprendido que esa fraternidad, sin referencia a un Padre común como fundamento último, no logra subsistir. Es necesario volver a la verdadera raíz de la fraternidad. Desde su mismo origen, la historia de la fe es una historia de fraternidad, si bien no exenta de conflictos. Dios llama a Abrahán a salir de su tierra, y le promete hacer de él una sola gran nación, un gran pueblo, sobre el que descenderá la bendición de Dios (cf. Gn 12,1-3). A lo largo de la historia de la salvación, el hombre descubre que Dios quiere hacer partícipes a todos, como hermanos, de la única bendición, que encuentra su plenitud en Jesús, ”para que todos sean uno”. El amor inagotable del Padre se nos comunica en Jesús, también mediante la presencia del hermano. La fe nos enseña que cada hombre es una bendición para nosotros, que la luz del rostro de Dios nos ilumina a través del rostro del hermano.

¡Cuántos beneficios ha aportado la mirada de la fe a la ciudad de los hombres para contribuir a

incluso aquellos modestos logros que os permiten estar orgullosos de una sociedad educada, difícilmente sobrevivirán a la fe que les da sentido?»[48]. Si hiciésemos desaparecer la fe en Dios de nuestras ciudades, se debilitaría la confianza entre nosotros, pues quedaríamos unidos solo por el miedo, y la estabilidad estaría comprometida. La Carta a los Hebreos afirma: «*Dios no tiene reparo en llamarse su Dios, porque les tenía preparada una ciudad*» (Hb 11,16). La expresión "no tiene reparo" hace referencia a un reconocimiento público; indica que Dios, con su intervención concreta, con su presencia entre nosotros, confiesa públicamente su deseo de dar consistencia a las relaciones humanas. ¿Seremos nosotros, en cambio, los que tendremos reparo en llamar a Dios nuestro Dios? ¿Seremos capaces de no confesarlo como tal en nuestra vida pública, de no proponer la grandeza de la vida común que Él hace posible? La fe ilumina la vida en sociedad; poniendo todos los acontecimientos en relación con el origen y el destino de todo en el Padre que nos ama, la fe los ilumina con una luz creadora en cada nuevo momento de la historia.

Fuerza que conforta en el sufrimiento

56. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto sobre sus tribulaciones y sufrimientos, pone su fe en relación con la predicación del Evangelio. Dice que así se cumple en él el pasaje de la Escritura: «*Creí, por eso hablé*» (2Co 4,13). El Apóstol se refiere a la cita del Salmo 116 en la que el salmista exclama: «*Tenía fe, aun cuando dije: "¡Qué desgraciado soy!"*» (Sal 116,10). Hablar de fe conlleva a menudo hablar de pruebas dolorosas, pero san Pablo ve precisamente en ellas el anuncio más convincente del Evangelio, porque en la debilidad y en el sufrimiento se hace manifiesto y palpable el poder de Dios, que supera nuestra debilidad y nuestro sufrimiento. El Apóstol mismo se encuentra en peligro de muerte, una muerte que se convertirá en vida para los cristianos (cf. 2Co 4,7-12). En la hora de la prueba, la fe nos ilumina y, precisamente en medio del sufrimiento y de la debilidad, vemos claro que «*no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor*» (2Co 4,5). El capítulo 11 de la Carta a los Hebreos termina con una referencia a aquellos que sufrieron por la fe (cf. Hb 11,35-38), entre los cuales ocupa un puesto destacado Moisés, que fue injuriado como lo iba a ser Cristo (cf. Hb 11,26). El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona; de este modo, puede suponer una etapa de crecimiento en la fe y en el amor. Viendo la unión de Cristo con el Padre, incluso en el momento

banalicen con soluciones y propuestas inmediatas que obstruyen el camino, que ”fragmentan” el tiempo, transformándolo en espacio. El tiempo es siempre superior al espacio: el espacio cristaliza los procesos; el tiempo, en cambio, proyecta hacia el futuro e impulsa a caminar con esperanza.

Bienaventurada la que ha creído (cf. Lc 1,45)

58. En la parábola del sembrador, san Lucas nos dejó las palabras con las que Jesús explica el significado de la ”tierra buena”: «*Son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia*» (Lc 8,15). En el contexto del Evangelio de Lucas, la mención del corazón noble y generoso, que escucha y guarda la Palabra, es una descripción implícita de la fe de la Virgen María. El mismo evangelista habló de la memoria de María, que conservaba en su corazón todo lo que escuchaba y veía, para que la Palabra diese fruto en su vida. La Madre del Señor es icono perfecto de la fe, como dice santa Isabel: «*Bienaventurada tú que has creído*» (Lc 1,45).

En María, Hija de Sion, culmina la larga historia de fe del Antiguo Testamento, que incluye la historia de muchas mujeres fieles, comenzando por Sara; mujeres que, junto a los patriarcas, fueron testigos del cumplimiento de las promesas de Dios y del surgimiento de la vida nueva. En la plenitud de los tiempos, la Palabra de Dios fue dirigida a María, y ella la acogió con todo su ser, en su corazón, para que tomase carne en ella y naciese como luz para los hombres. San Justino mártir, en su *Diálogo con Trifón*, dice en una hermosa expresión que María, al aceptar el mensaje del Ángel, concibió «*fe y alegría*»[49]. En la Madre de Jesús, la fe ha dado su mejor fruto, y cuando nuestra vida espiritual da fruto, nos llenamos de alegría, que es el signo más evidente de la grandeza de la fe. En su vida, María realizó la peregrinación de la fe, siguiendo a su Hijo[50]; así, en ella, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por Él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado.

59. Podemos decir que en la Bienaventurada Virgen María se realiza eso en lo que antes he insistido, que el creyente esté totalmente implicado en su confesión de fe. María está íntimamente asociada, por su unión con Cristo, a lo que creemos. En la concepción virginal de María tenemos un signo claro de la filiación divina de Cristo. El origen eterno de Cristo está en el Padre: él es el Hijo, en sentido total

NOTAS:

[1] *Dialogus cum Tryphone Iudaeo*, 121, 2: PG 6, 758.

[2] Clemente de Alejandría, *Protrepticus*, IX: PG 8, 195.

[3] *Brief an Elisabeth Nietzsche* (11-6-1865), en: *Werke in drei Bänden*, Múnich 1954, 953s.

[4] *Paraíso* XXIV, 145-147.

[5] *Acta Sanctorum*, Junii, I, 21.

[6] «*Si el Concilio no trata expresamente de la fe, habla de ella en cada una de sus páginas, reconoce su carácter vital y sobrenatural, la supone íntegra y fuerte, y construye sobre ella sus doctrinas. Bastaría recordar las afirmaciones conciliares (...) para darse cuenta de la importancia esencial que el Concilio, coherente con la tradición doctrinal de la Iglesia, atribuye a la fe, a la verdadera fe, la que tiene como fuente a Cristo y por canal al magisterio de la Iglesia*» (Pablo VI, Audiencia general, 8-3-1967: *Insegnamenti* V=1967, 705).

[7] Cf. Concilio Ecuménico Vaticano I, Constitución Dogmática *Dei Filius*, sobre la fe católica, cap. III: DS 3008-3020; Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 5; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 153-165.

[8] Cf. *Catechesis* V, 1: PG 33, 505A.

[19] Cf. *Vermischte Bemerkungen / Culture and Value*, G. H. von Wright, ed., Oxford 1991, 32-33, 61-64.

[20] *Homiliae in Evangelia*, II, 27, 4: PL 76, 1207.

[21] Cf. *Expositio super Cantica Canticorum*, XVIII, 88: CCL, *Continuatio Mediaevalis* 87, 67.

[22] ibíd., XIX, 90: CCL, *Continuatio Mediaevalis* 87, 69.

[23] «*Cuando Dios revela, hay que prestarle la obediencia de la fe (cf. Rm 16,26; comp. con Rm 1,5; 2Co 10,5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando "a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad", y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por él. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da "a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad". Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones* » (*Dei Verbum*, 5).

[24] Cf. H. Schlier, *Meditationen über den Johanneischen Begriff der Wahrheit*, en *Besinnung auf das Neue Testament*. *Exegetische Aufsätze und Vorträge* 2, Freiburg, Basel, Wien 1959, 272.

[25] Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* III, q. 55, a. 2, ad 1.

[26] *Sermo* 229/L, 2: PLS 2, 576: «*Tangere autem corde, hoc est credere*».

[37] Cf. *Epistula Barnabae*, 11, 5: SC 172, 162.

[38] Cf. *De nuptiis et concupiscentia*, I, 4, 5: PL 44,413: «*Habent quippe intentionem generandi regenerandos, ut qui ex eis saeculi filii nascuntur in Dei filios renascantur*».

[39] *Dei Verbum*, 8.

[40] *In nativitate Domini sermo* 4, 6: SC 22, 110.

[41] Cf. Ireneo, *Adversus haereses*, I, 10, 2: SC 264, 160.

[42] Cf. ibíd., II, 27, 1: SC 294, 264.

[43] Cf. Agustín de Hipona, *De sancta virginitate*, 48, 48: PL 40, 424-425: «*Servatur et in fide inviolata quaedam castitas virginalis, qua Ecclesia uni viro virgo casta cooptatur*».

[44] Cf. *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, Uniform Edition: Longmans, Green and Company, London, 1868-1881, 185-189.

[45] Cf. *Dei Verbum*, 10.

[46] Orígenes, *Contra Celsum*, IV, 75: SC 136, 372.

[47] Ibíd., 85: SC 136, 394.